

Poesía
para hoy
Selección

Jaime Jaramillo Escobar



Editorial
Universidad de Antioquia®

Poesía para hoy

Selección

Jaime Jaramillo Escobar

Contemporáneos

Editorial Universidad de Antioquia®

Colección Contemporáneos
© Jaime Jaramillo Escobar
© Editorial Universidad de Antioquia®
ISBN: 978-958-714-915-9
ISBNe: 978-958-714-916-6

Primera edición: agosto de 2019
Impresión y terminación: Imprenta Universidad de Antioquia

Impreso y hecho en Colombia / Printed and made in Colombia
Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio o
con cualquier propósito, sin la autorización escrita de la Editorial
Universidad de Antioquia®

Editorial Universidad de Antioquia®
(574) 219 50 10
editorial@udea.edu.co
<http://editorial.udea.edu.co>
Apartado 1226. Medellín, Colombia

Imprenta Universidad de Antioquia
(574) 219 53 30
imprenta@udea.edu.co

Jaramillo Escobar, Jaime, 1932-
Poesía para hoy. Selección / Jaime Jaramillo Escobar. -- 1. edición. --
Medellín: Editorial Universidad de Antioquia; 2019.
335 páginas. -- (Colección: Contemporáneos)
ISBN: 978-958-714-915-9. ISBNe: 978-958-714-916-6
1. Poesía colombiana. 2. Literatura colombiana. 3. Poetas colombianos. I.
Título. II. Serie
LC PQ8180.34.Q5
861-dc23

Catalogación en publicación de la Biblioteca Carlos Gaviria Díaz

Andanza del río Cauca

Llovió, aumentaron las aguas, las quebradas fuera de sí
saltan por encima de los puentes,
se derrumban los taludes, se desprenden las peñas, se
descuajan grandes árboles sobre la tierra revuelta por
la tormenta,
en toda aquella región entre Tulio Ospina y Cangrejo,
sobre el ferrocarril troncal de occidente.
Llovió, y el río lleva los restos del desastre,
náufragos maderos, animales fúnebres, acaso un ahogado
solitario en la vastedad del anochecer.
Congestionado por los afluentes, hinchado, severísimo,
el río en la devastación de la crecida, arrugado,
¡oh señor río, no me toquéis!
Los últimos aleteos del horizonte se pierden entre farallones;
se cierra la noche sobre el ruido turbulento de las aguas
y el retumbar del trueno en que se aleja la tempestad.
Caminamos, Humberto Gómez Molina y yo, muchachos
de quince años,
caminamos sobre las traviesas a lo largo del río, en la
depresión de las montañas, compartiendo la noche
con el río,

a trechos tomados de las manos para andar sobre los rieles que nos conducirán al amanecer.

De pronto, una luz brilla entre el bosque, sombras de hombres se cruzan,

a la orilla del río algo urgente sucede.

Derramando preciosísima sangre por la hermosa boca, terriblemente herido, está sobre la arena húmeda el novillo.

Rápidamente se mueven los cuchillos; la lustrosa piel, todavía viva, se separa con hábil cuidado.

En ella queda humillada la imagen del novillo, el fuego que era novillo yace apagado en el rescoldo de su piel.

Cuando amanezca, sonrientes niños llevarán pedazos de novillo sobre hojas de plátano, bajo el sol restablecido, hacia sus casas grises de madera con techo de zinc y un corredor delante, entre el olor mineral de la hulla.

En la margen occidental, alta sobre el río, la población de Anzá tal como fue construida en el siglo XVII.

A la orilla del primer camino, donde el conquistador tuviera su herrería, ignorada a causa de su significado,

la piedra muestra la huella clara y honda de un pie, rastro mítico del ígneo ser que en ella posara su planta.

Cazamos la guatinaja y la tenemos dos meses en el patio, cebándola bajo un árbol,

hasta que no nos aguantamos más las ganas de su carne, en un sancocho hirviente al medio día bajo la incandescencia del sol.

La carne del venado, la carne de la zarigüeya, la carne del
armadillo, la carne de la culebra,
carnes que ofrece el monte para las gentes de monte.
En la plaza de piedra, al fervido medio día,
empiezan de pronto a moverse las hojas de los mangos,
como agitadas por un céfiro repentino,
e inmediatamente todos los habitantes toman sus
precauciones, incluidos los animales domésticos.
Momentos después los árboles empiezan a batir
fuertemente los brazos,
se desorganizan las palmeras, las primeras tejas se
desprenden
y el huracán asalta el pueblo removiéndolo todo.
Atraviesan el cielo ramas de árboles y hojas de palma.
Entonces un aguacero cerrado aprieta la meseta en un
silencio duro y gris.
Humildes y paupérrimas gentes pueblan las montañas,
los ríos y los cementerios.
Su mala suerte es tanta que siguen siendo pobres después
de muertos.
Su pobreza es lo único que tienen, de ella están colmados,
la derrochan a manos llenas.
Sentadas en el suelo junto a sus chozas, en aquellas
lomas áridas,
viejísimas ancianas silenciosas, como salidas de sus
tumbas para venir a ventear el grano.
Ignoran que viven en el reverso del mundo.
Nosotros estábamos tranquilos a la orilla de nuestros ríos,
especialmente yo estaba a la orilla del Cauca viendo
unos ganados.

No eran míos, pero eran hermosos y gratos de ver.
No me importaba de quién fuesen, puesto que no los deseaba.
Lo importante era verlos como ganados que ignoran completamente que alguien posea derecho sobre ellos.
Él puede venir a decirles “vosotros sois mis ganados”. Y ellos lo miran con una indiferencia que espanta.
Yo quería hacer un canto épico para el río Cauca, pero mejor voy a esperar hasta que pueda estar seguro de que el río Cauca es mío, porque no me gusta cantarles a los ríos ajenos.
El río Cauca, convertido en inmensa alcantarilla, no sabe qué hacer:
se desborda, se encoge, le duelen mucho las entrañas, sufre náuseas, quiere vomitar.
Vomita un zapato Croydon.

Apólogo del paraíso

Eva, transformada en serpiente, ofreció a Adán una manzana.

Fueron arrojados del Paraíso, pero ellos llevaron semillas consigo,

y Adán y Eva encontraron otra tierra y plantaron allí las semillas de paraíso.

Podemos hacer siempre el paraíso alrededor nuestro dondequiera que nos encontremos.

Para eso sólo se requiere estar desnudos.

Convocando el olvido

Sé bailar. Sé cantar. Sé dónde está el olvido.

Juan Parra del Riego

Me preguntan por qué estoy tan alegre. Por qué canto, bailo, toco la guitarra y bromeo.

Y yo respondo que es la culminación de un proceso por el cual llegué hasta el último límite de la desesperación, toqué fondo, y en vista de que no había para dónde seguir, porque ahí estaba la barrera,

tuve que devolverme y aquí estoy bañado de música, aficionado a la serenidad y la alegría, el mundo cabe en mi mano.

Me declaro en carnavales permanentes, me declaro irresponsable, ahora sé qué significa la expresión “risa loca”.

Me veis en las barras del gimnasio, saltando en los trampolines, y es que he decidido renacer cada día, cada nuevo día. El día que no renazca con la aurora será un día muerto. ¿Para qué quiero yo un día muerto?

Siempre os olvidáis de que este día no volverá. Pero la sabiduría no debe ser tanta que nos impida defendernos.

El sabio se pone de acuerdo con la naturaleza y su vida se torna lenta, porque para él todas las cosas tienen el mismo valor. Es incapaz de atravesar una barra en la rueda del universo.

Cito una carta de Jotamario a los caleños: “Hay que forzar la naturaleza. ¿No es en ello donde radica la fuerza del arte, la perspicacia de los ingenieros?”.

El respetable pueblo de sabios famélicos de la India. Cambiará todo en el mundo menos los sabios. La sabiduría es inmutable por definición, puesto que es una sola.

El pacificador Morillo. No era su culpa. No distinguía entre científico y sabio. A Caldas lo llamábamos sabio porque sabía hacer jeroglíficos. No fue fusilado por sabio sino por razones de guerra.

No encerraron los Estados Unidos a Ezra Pound por sus versos, sino por declaraciones políticas inoportunas. Sabios hubiesen sido estos dos hombres si hubieran querido soslayar los peligros a que su conducta los exponía.

Pero ellos ya habían metido su barra entre las ruedas del universo. No les llamemos sabios.

La sabiduría se adquiere hacia los siete años de edad. El resto de la vida te la pasas desembarazándote de ella.

Decía que nos olvidamos de que este día es único, que no volverá, porque nuestra conciencia ha sido convertida en instrumento de oficina, una brillante maquina.

Dicho está, pero lo digo de nuevo: el hombre evoluciona hacia el hormiguero, y esto es lamentable.

Actualmente ser hombre es tener automóvil. Si ser hombre es tener automóvil, sería mejor ser automóvil. De hecho hay muchos hombres para quienes la vida carece de sentido sin automóvil. En él se instalan durante el breve recorrido de su eternidad.

Y dice Jesús: “Bienaventurados los que no tienen automóvil, ni fornican con máquinas. Bienaventurados los que tienen las manos vacías porque ellos serán colmados de Nada”.

Sólo cuando todo nos sobre podremos ir y volver, o perdernos en lo invisible e infinito.

Dejadme cantar a todo pecho como un buque en alta mar. Y no me preguntéis si una imagen es correcta, es verdadera o es lógica. Canto como una ballena. No sé si las ballenas son lógicas.

En puertos silenciosos me detuve; largas filas de prostitutas estaban paradas frente a los burdeles con sus tarjetas de sanidad en la mano, para cumplir con la ley.

Bebí. Canté despreocupadamente.

Y mi acierto fue haberlo hecho todo en presente.

No me preocupo por la bomba ni por los problemas de la humanidad. No están en mis manos. Si estuvieran en mis manos podríais dormir tranquilos.

Si la inteligencia del hombre no satisface a sabios y científicos, quienes la ponen en duda, siendo dicha inteligencia la única amenaza que se cierne sobre el futuro,

yo decido que la cosa no tiene importancia. Esperemos a que el hombre mejore su inteligencia. Mientras tanto,

¡cómo estoy de contento! No importa mi inteligencia deficiente. Para dentro de doscientos años espero haber mejorado bastante, con ayuda de la técnica.

Bailo, canto. Linda, ven; bailemos, bebamos, cantemos.

Dentro de doscientos años bailaremos, beberemos, cantaremos.

Vamos, linda, hace doscientos años que estamos bailando.

¿No te cansas? Y bailamos sumamente bien. Es admirable cómo bailamos. Hemos ganado en todos los concursos. No te cansas. Ven, linda, olvidemos. Vamos a olvidar.

Con su mueca característica:

–Si linda, o lindo, ya lo olvidé.

En la Luna

Suelen decirme (a manera de crítica) que vivo en la Luna.
¿Les he dicho yo, a manera de crítica, que viven en Tierra?
Cada uno tiene que vivir en algún astro, a no ser que él
mismo sea un asteroide.

Si ustedes viven en la Tierra y yo vivo en la Luna, quiere
decir que somos vecinos.

Vecinos míos: vuestra tierra se ve amenazadora allá en lo
alto. ¿Qué nueva guerra estáis tramando?

Prestadme una ramita de culantro para adornar mi sopa.

Comeré a vuestro nombre, pero a mi buen provecho.

FELICITACIONES FELIZ CUMPLEAÑOS STOP RECUERDA
CUÁNTO TE GUSTABA EL CULANTRO CUANDO ESTABAS
EN CASA STOP ENRIQUE Y YO TE ECHAMOS MUCHO DE
MENOS STOP BENDIGOTE AMALIA

Aquí en la Luna se vive supremamente bien.

Os veo rodar a mi alrededor en esa bola de tierra que va
dando tumbos por el Universo sin sentido y sin seso.

Y yo estoy aquí confortablemente iluminado, meciéndome
en el espacio sideral como en una hamaca de oro,
vuestra pobre Tierra trastabillando en el infinito y pi-
diendo limosna entre los astros.

El Señor Jehová viene a hacerme la visita en la Luna Nueva y se demora en la tarde aspirando el incienso que le ofrezco en un potecito, porque desde que se jubiló quedó eternamente enviado con el humo del incienso.

Las conversaciones del Señor Jehová exceden todo límite de hermosura, y luego se despide majestuosa y cortésmente porque tiene la piel tan delicada que no puede dormir sobre el esponjoso polvillo de la Luna.

El Señor Jehová me trajo un pastel de chocolate quién sabe de dónde lo tomaría.

Debió haber sido de la Casa Blanca porque estaba adornado con el signo U\$A.

¡El Señor Jehová hace unas cosas!

Aquí en mi Luna me paso los días cantando, los felices días del Universo en el coro de las estrellas.

El Señor Jehová no me cobra el arrendamiento, ni me manda la factura de la luz.

Me dice que está muy disgustado con los que venden el agua, el aire y la luz en esa Tierra desgraciada. Y la señala repetidamente con el dedo.

Si yo no me hubiera venido a vivir en la Luna, ya me habría muerto en vuestra tierra inhóspita y cicatera, a la que el Señor Jehová le tiene tanta lástima como a un hijo deforme.

Yo no le pregunto nada al Señor Jehová, porque Él se maravillaría de que le preguntase algo.

El Señor Jehová, amablemente, me anuncia su visita con tres días de anticipación,

y yo salgo a recibirlo, radiante y alborozado.

Cuando lo veo venir, parecido a Walt Whitman, le lanzo gritos jubilosos para que sepa que lo espero con gusto, y cuando llega y me abraza me siento tan contento como un cohete que estalla.

Le he quitado a la Luna las traidoras banderillas que le pusieron rusos y norteamericanos, y le he puesto un poco de tintura de yodo en las heridas, para que cicatrice.

La Luna es un torito virgen que muge por el cielo; el hocico le huele a leche de nube.

Yo no voy a permitir que los gringos y los rusos me lo toreen.

La Tierra lleva a la Luna de la mano a dar un paseo por el Universo, la Luna que es su hija pequeñita.

La Tierra le da de mamar a la Luna, el seno cubierto con sus chales de nubes.

Como dicen que la Luna anda desnuda, yo le pido a mi mujer que se enlune, que se alune, que se deslune, que me enlunice.

Lo que más falta me hace en la Luna son las noches de Luna,

cuando la Luna perfuma las noches de la Tierra.

La Tierra que adivina el porvenir en la bola de la Luna.

La Tierra que se mira en el espejo de la Luna.

La Luna recubierta con espato de Islandia.

Vecinos míos: el hijo de la Tierra en la Luna se marea.
La Luna se tambalea, se bambolea, se menea.
Yo no puedo sentirme como en mi casa en esta Luna.
Si no mandáis por mí, me arrojaré de cabeza.

Héctor Ignacio Rodríguez

Cuando le conocí era un joven poeta, enamorado de su
Beatriz.

Para ella escribió su único libro, titulado *Menos poemas
y más besos*.

En la poesía las amadas suelen llamarse Laura, Beatriz,
Leonor, o Marília.

En ese libro el nombre no resultaba necesario.

Ella sabía que era la única para ese muchacho romántico
y apasionado.

Él tocaba en la flauta su romanza de amor y suspiraba
por ella.

Ella no suspiraba. No era suspiradora.

Él pensaba tener tres hijos con ella, blancos, rubios y
preciosos.

Cuando ella le dijo que no,

él hizo tres muñecos de madera y los enterró en el jardín
de la casa,

en un ritual privado de lágrimas y resignación.

Músico además de poeta,

trabajaba como ingeniero electricista en el Hotel
Nutibara.

La música era su refugio.

Ejecutaba la flauta travesa con imaginación y fantasía.
Los músicos son semidioses que hacen cantar la madera
y los metales.
Toda mi reverencia por ellos.
En el taller de poesía se dejó coronar –el único– para
complacer a los amigos
porque la poesía era su orgullo.
Su fotografía de poeta coronado
ilustra la portada de la segunda edición de su libro,
impreso por la Universidad de Antioquia.
Sus amigos lo querían por su noble ademán
y su exquisita sensibilidad frente a las artes y la vida.
Pasado cierto tiempo ella le dijo que sí, y nacieron los
tres niños.
Todo iba bien,
pero a él lo atropelló una moto cruzando la calle,
y poco después murió por sobredosis de un calmante.
En la moto iban dos hombres. Lo vieron en el suelo,
y aceleraron riendo a carcajadas.
A la velación asistió el gerente del Hotel
para despedir cortésmente a su empleado.
Sus familiares despedían al padre de los tres niños.
Del artista nadie se enteró.

La casa de Bob

A San Bernardo del Viento fuimos a buscar la casa de Bob, es decir, donde él había nacido con sus padres, encontrando el mundo completamente hecho y perfeccionado,

por lo cual se suponía que no le tocaría trabajar.

Tanta alharaca que las generaciones anteriores hicieron con el cuento de que estaban dándole los últimos toques a este mundo para nosotros,

y venir a ver que ahora nos salen con que lo tenemos que volver a hacer todo de nuevo.

Era una casa construida con maderas olorosas y hojas de palma,

en un terreno junto al río, en medio de los árboles y los pájaros,

algo así como una casa en los lindes del paraíso.

Desde mucho antes de llegar ya se escuchaban los pájaros, toda la mañana estuvimos oyéndolos, millares de pájaros, y los árboles se extendían por la llanura,

extensos arrozales, ganados de muy largas, elegantes orejas, y el horizonte marino que nunca se sabe si está cerca o lejos.

En Loricá, en las escaleras de piedra y cemento del muelle, sobre el río Sinú,

nos detuvimos como en un pasaje bíblico

para tomar una embarcación hasta San Bernardo del
Viento,
en medio de bandadas de garzas, bandadas de loros
chillones,
y el batelero era un muchacho, descendiente de las Mil
y una Noches,
un joven moreno, de larguísimo cuello, alta cabeza de
ojos almendrados, negrísimos, con viveza de lagartija,
y un turbante rojo encima de su antigua sonrisa de
vendedor de perlas.
–“¡El Viento!, ¡El Viento!” se oye gritar en Lorica; hay
pocos pasajeros para “El Viento”, la carretera es un
remolino de polvo,
y en “El Viento” la estatua danzante de San Bernardo
levanta el pie, el viento le levanta la sotana blanca.
–“¡El Viento! ¡El Viento!”
En San Bernardo del Viento las casas bajo las palmeras,
las redes de pescar tendidas al sol.
Por esta calle se va –se iba– a la casa de Bob.
A la mañana llegaron tres hombres; habían venido de
muy lejos, en una canoa,
y traían con ellos esquejes del árbol del pan.
Los sagrados esquejes fueron admirados por los ancianos
y los niños, puestos en agua y plantados al atardecer
en los huertos, con tanta unción como si hubiesen
sembrado el propio pan eucarístico.
Después de la ceremonia de siembra del árbol del pan
entramos a una casa para recabar agua fresca de la tinaja,
un mosquitero para dormir, un latiguillo de palma
para espantar los mosquitos.

En el cine, un patio al aire libre, se apiñaba la grita de los chicos del pueblo
y en la plaza, a la luz de los mechones de petróleo, se jugaba al dominó, se tomaban refrescos,
se escuchaba la música que salía de un parlante llamado “El Bacano”.

Un niño se me acercó: –Tío, ¿me trajo usted una moneda?
En la casa un huésped: un joven pescador que había venido por mar, remando en una canoa,
para matricularse en el colegio y aprender unas letras.
En el sopor de la tarde luchaba desesperadamente con la aritmética, sudaba mares. Me miró casi asfixiado.
Sin duda prefería sus redes y sus pescados que el propio mar multiplica.

Cuando amanece, algunas mujeres sobre pollinos blancos se dirigen al caserío de la playa.

En el camino encontrarán parejas de jóvenes estudiantes, vestidos de blanco, que van al colegio,
las muchachas llevan la sombrilla para su compañero, él lleva los libros de ambos,
y más adelante una escuela rural donde juegan los niños.
Las señoras que gobiernan los pollinos no están de acuerdo con que los niños gasten su tiempo en jugar, los regañan al paso.

Van chupando limones para la sed.

–“Comadre, venir a la escuela a jugar, ¡qué dice, comadre!”.
Donde estaba el río hay ahora unos pantanos con pinceladas de anchas hojas,
y todo el suelo cubierto por la cascarilla del arroz que los molinos desechan.

—¿Y es ésta la calle por donde se va —se iba— a la casa de Bob?

Hace algún tiempo los vecinos se quejaron al gobierno central porque temían que el río “se iba a llevar el pueblo”.

Vinieron los ingenieros, hicieron sus cálculos, desviaron el río,

y ahora los vecinos se quejan, porque sin río y sin mar!
La casa de Bob, sin el río, perdió su razón de ser, quedó como extraviada en el monte, la abandonaron, empezaron a caerse las paredes, hasta que desapareció y ahora

tratamos de adivinar si fue en este lugar o en aquél donde la casa se levantaba.

Si encuentras un árbol de naranjas o uno de limón, ese será sin duda el patio y podría describirte todo el resto.

Diseminada por el pueblo está la casa de Bob:

en las mujeres de los pollinos,

en los chicos del cine,

en los mechones de petróleo,

en la arena de las calles,

en los altos cocoteros,

en el viejo pescador que fuma su tabaco mientras construye una red nueva,

está

la casa de Bob.

Mamá negra

Cuando mamá negra hablaba del Chocó
le brillaba la cadena de oro en el pescuezo,
su largo pescuezo para beber agua en las totumas,
para husmear el cielo,
para chuparles la leche a los cocos.
Su pescuezo largo para dar gritos de colores con las
guacamayas,
para hablar alto entre las vecinas,
para ahogar la pena,
y para besar a su negro, que era alto hasta el techo.
Su pescuezo flexible para mover la cabeza en los bailes,
para reír en las bodas.
Y para lucir la sombrilla y para lucir el habla.

Mamá negra tenía collares de gargantilla en los baúles,
prendas blancas colgadas detrás del biombo de bambú,
pendientes que se bamboleaban en sus orejas,
y un abanico de plumas de ángel para revolver el aire.
Su negro le traía mucho lujo del puerto cada vez que
venían los barcos,
y la casa estaba llena de tintineantes cortinas de conchas
y de abalorios,

y de caracoles para tener las puertas y para tener las
ventanas.

Mamá negra consultaba el curandero a propósito del
tabardillo,

les prendía velas a los santos porque le gustaba la candela,
tenía una abuela africana de la que nunca nos hablaba,

y tenía una cosa envuelta en un pañuelo,

un muñequito de madera con el que nunca nos dejaba jugar.

Mamá negra se subía la falda hasta más arriba de la
rodilla para pisar el agua,

tenía una cola de sirena dividida en dos pies,

y tenía también un secreto en el corazón,

porque se ponía a bailar cuando oía el tambor del mapalé.

Mamá negra se movía como el mar entre una botella,

de ella no se puede hablar sin conservar el ritmo,

y el taita le miraba los senos como si se los hubiera
encontrado en la playa.

Senos como dos caracoles que le rompían la blusa,

como si el sol saliera de ellos,

unos senos más hermosos que las olas del mar.

Mamá negra tenía una falda estrecha para cruzar las
piernas,

tenía un canto triste, como alarido de la tierra,

no le picaba el aguardiente en el gazonate,

y, si quería, se podía beber el cielo a pico de estrella.

Mamá negra era un trozo de cosa dura, untada de risa
por fuera.

Mi taita dijo que cuando muriera

iba a hacer una canoa con ella.

Visita de la ballena

He aquí que una ballena ha venido a visitarme.
Desde lejanas regiones del mar ha venido a visitarme
y me saluda con tres surtidores de niebla,
deteniéndose a la entrada de mi cueva para solicitar
audiencia.

Acudo a recibir a la ballena (a quien Dios salude)
y habiendo ambos entrado en intimidad inmediatamente,
como dos amigos que se conocen desde siempre,
le hablo de mi juventud en una gruta el alto pico del

Aconcagua,

y de la salida del sol detrás de mis orejas,
y dándole palmaditas en su impenetrable piel nos reímos
como dos amigos,

la ballena y yo que recibo su visita a la entrada de mi
cueva

y charlamos hasta el atardecer,
descansando sobre el brillante tapiz de las arenas
penetradas de luz.

Ella me cuenta lo que ha visto en las profundidades de
los océanos,

los náufragos viviendo en los barcos sumergidos,
y lo que sucede en el mar durante la noche.

Después de que la ballena ha hecho uso de la palabra yo
comienzo a hablarle,
y cuando hago una pausa, a la hora del crepúsculo, no
me responde.
Entonces la arrastro, y cuando la marea se retira le
despido con mi mano en alto.
La ballena (a quien Dios respete y salude) se aleja mar
afuera,
y va a estrellarse contra el disco del sol que acaba de
aparecer en el horizonte.